

Blancanieves (Saga Cuento de Hadas #1)

Angie & Any Hernández



Capítulo 1

Prólogo.

Hace diecisiete años...

La anciana debía tener unos cien años, si las suposiciones de los demás eran ciertas. A Lisa le parece que es verdad, puesto que la mujer ante ella tiene la mayor cantidad de arrugas que haya visto, una espalda encorvada y apenas puede caminar, y eso con ayuda de un bastón.

Pero cuándo la anciana la mira a los ojos, ve en ese par de irises azul hielo una jovialidad desconcertante, como si hubiera alguien joven atrapado en el cuerpo de una vieja arrugada.

La anciana pone una mano sobre su brazo.

-Lisa ¿A que has venido a mí? -su voz es rasposa, muy propia de su edad.

-Tendré una hija -se toca su vientre que cada día parece hincharse un poco más-. Sé de tu magia, June. Quisiera que hicieras una predicción.

-Ah -la anciana sonríe. Aun conserva cada uno de sus dientes, por lo menos-. Una niña ¿Cuál será su nombre?

-Snow -Lisa sonríe-. Snow White.

-Blancanieves -traduce la anciana-. Un nombre adecuado para una futura Hechicera del Hielo -June lleva su mano callosa al vientre de Lisa-. Déjame concentrarme un momento -cierra los ojos de frío azul y respira profundo. Inhala, exhala, inhala, exhala-. Ah, ya la veo -dice con voz susurrante-. Su nombre es cada vez más apropiado, Lisa. Veo su cabello, negro como el ébano. Su piel, es blanca como la nieve. Y sus labios, rojos como la sangre. También veo sus ojos, grises como una tormenta y ¡Oh! - June aparta su mano de Lisa de un salto.

Ella se alarma.

-¿Qué? ¿Qué viste?

-Fuego -la anciana abre los ojos y la mira con seriedad-. Vi fuego en ella.

-¿Qué... qué significa eso? -su voz sale extrañamente temblorosa.

-Que Snow White tendrá más de un tipo de magia. Será una rareza entre

nosotros. Será fuego y hielo. Será un peligro.

Lisa abraza su vientre, como si así pudiera proteger a su futura hija de todos los males.

-Le enseñaré a controlar su magia. No dejaré que le pase nada.

-No, Lisa. No puedes evitar que el mal siga a tu pequeña -June se aparta, yendo al otro lado del salón-. Los Clanes lo sabrán. Verán en ella un fenómeno y querrán matarla, y tú no vas a evitar que eso ocurra.

Las lágrimas se reúnen en los ojos de Lisa.

-Debe haber una forma de mantenerla a salvo.

-Y la hay. Te propondré un trato, Lisa. Deja que la niña crezca aquí, así aprenderá a usar sus dos magias con cuidado. Pero, cuando ella cumpla los siete años deberá irse. Llévatela lejos de aquí, a un lugar donde la magia no sea tan conocida. El Clan no podrá rastrearla si te la llevas lejos a temprana edad.

Lisa se limpia las lágrimas que empezaron a resbalar por sus mejillas y asiente con decisión.

-Así lo haré -promete, aunque eso le duela y la lleve lejos de toda su familia. Para ella es mucho más importante mantener a su Snow White con vida que cualquier otra cosa en el mundo.

En cuanto Snow cumpla los siete años, se irán para siempre. Y privará de toda magia a Snow una vez lejos.

Así lo hará.

Capítulo 1: Los seis tutores.

En el presente...

-Snow, ptsss, Snow... -abro los ojos al escuchar a Elise susurrarme en el oído. Alzo la cabeza de la mesa y miro a la rubia sentada a mi lado. Ella me hace señas con la mirada al frente.

El profesor Smith carraspea.

-Señorita White -me llama. Me enderezo en el asiento, fingiendo que he estado escuchando la clase todo el tiempo y que no me quedé dormida en

ningún momento-. La Directora Zafiro la espera en su oficina.

Oh, rayos. De seguro es para regañarme por quedarme dormida en Química. Otra vez.

Recojo mi libreta y mi mochila lo más rápido que puedo. Mi lápiz cae al suelo, lo agarro con rapidez. El profesor me da una mirada de impaciencia. Me disculpo y me pongo de pie a toda prisa.

Elise alza los pulgares para darme ánimos. No funciona, pero aprecio el gesto.

Salgo del aula de clases y me encamino hacia la oficina de la directora. Al llegar frente a la puerta de madera, me detengo un momento a tomar aire. «Va a estar todo bien -me digo a mí misma-. No estás en problemas».

Al menos eso es lo que espero.

Alzo el puño y golpeo la puerta con los nudillos.

-Adelante -escucho la voz de la directora. Trago saliva y abro la puerta. Entro en la oficina. Sentada detrás del escritorio está la mujer de cabellos canos que me mandó a llamar-. Siéntate, Snow.

Obedezco en silencio. La Directora Ava Zafiro me dirige una sonrisa tranquilizadora.

-No estés tan nerviosa -comienza a buscar algo en uno de sus cajones-. Actúas como si estuvieras en problemas ¿Hiciste algo malo, Snow?

-No. Claro que no -me apresuro a aclarar. La directora sonríe con dulzura y saca una roja manzana del cajón.

-¿Quieres una manzana?

¿Quién no ha visto eso? ¿Una anciana ofreciéndole manzanas a Blancanieves? He recibido tantas bromas a lo largo de mi vida sobre mi parecido a la princesa de Disney que incluso ver manzanas me fastidia.

-No me gustan, pero gracias -rechazo, intentando ser lo más amable posible.

-¿Tienes algún problema con estas frutas? ¿Es acaso por tu nombre? No dejes que eso te moleste. Come la manzana, te hará sentir mucho mejor - su voz es convincente y al final termino cediendo y aceptando la manzana. Le doy un mordisco y ella sonríe-. Perfecto. Ya podemos empezar nuestra reunión -ella saca una carpeta amarilla de otro cajón-. Esto me dice que

estás fallando en siete de seis materias que ves -oh, no. Sabía que este llamado no podía ser solo para comer frutas-. El profesor Smith me dijo que solo has aprobado un examen de cuatro que ha hecho. En Literatura no has asistido ni a una clase, y en Deportes vas reprobando. Parece que no haces mucho ejercicio -hace una pausa, mirando mis calificaciones-. Solamente vas aprobando Historia, y eso es a duras penas.

Me observa.

-Entiendo. Debo esforzarme más o reprobaré el año.

-Snow, no te llamé para darte una reprimenda -la directora sacude la cabeza, pero aún sonriente-. Voy a darte una gran noticia. Vas a tener tutores.

-¿Tutores? -pregunto desconcertada.

-Sí, tutores -la directora vuelve a sonreírme con ternura-. Uno para cada clase que vas reprobando. Janelle, para Literatura. George aceptó enseñarte Química. Stacy, la capitana del equipo de baloncesto, te ayudará con Deportes. Stuarth es un genio en Física, estará encantado de ayudarte. Mariana te enseñará Biología y Nathan es para Matemáticas. Espero que recuerdes los nombres.

-Pero...

-Te sugiero ir a hablar con ellos ahora, para que discutan los horarios de estudio.

-Yo...

-Espero que no me defraudes -su sonrisa se vuelve más cálida, si es que eso es posible-. Elegí a estos tutores para ti porque no quiero que repruebes el año de forma tan mala. Eres una chica inteligente, yo sé que sí. Esto no lo haría por cualquiera -abro la boca para decir algo, pero ella se pone de pie-. Fue un placer hablar contigo, puedes retirarte.

Pero si yo casi ni hablé.

Me fijo en que la manzana aún está casi completa, así que como otro pedacito al tiempo que empiezo a maquinar las mil y un excusas para no hacer las tutorías, pero en lugar de replicar, lo que hago es despedirme y salir de nuevo hacia el pasillo, sabiendo que aquí mi vida social cambiará por completo.

Se han acabado mis salidas con amigos en fines de semana y también mis

salidas con Elise por helado cada tarde después de clases.

Ahora todo mi tiempo será único y exclusivo para mis seis tutores. ¡Seis!
Una verdadera locura.

Y mientras me dirijo de vuelta hacia el salón de clases, mis pensamientos se quedan en una cosa: ojalá que mis tutores no sean más bajos que yo... porque empezarán a llamarlos los "enanos de Blancanieves" y eso solo haría esta situación mucho peor.

☐

☐

Capítulo 2

Capítulo 2: La realeza.

Al momento de sonar la campana, abandono a Elise y corro hacia los pasillos en busca de alguna cara conocida de mi grupo de nuevos tutores. Solamente hay un problema, ¿cuáles eran los nombres que me dijo la directora Ava? De los seis, solamente recuerdo a Stacy Lambret, y no solo porque es la más popular de todo el colegio, sino porque es considerada una Reina entre todos los estudiantes. Una Reina de sangre fría y malévola.

Tampoco es una santa.

Ella es malvada y todos lo saben, incluso sus rivales en la cancha de baloncesto. Creo que es por ello que nadie le gana en el deporte. Todos le temen.

Entonces se me ocurre en dónde puedo encontrarla. Al ser el deporte la vida de Stacy, de seguro se encuentra en el gimnasio, su segundo hogar.

Efectivamente, luego de correr como una lunática por los pasillos, encuentro al equipo despidiéndose para ir cada quién a casa o a su siguiente clase. Entre el grupo logro distinguir la melena rojiza de Stacy.

Camino hasta ella y su grupo con cierta timidez, no estando segura de si una plebeya como yo pueda hablar a Su Majestad y su corte real. Unos pasos antes de llegar a ellas, me notan y sus despedidas se apagan como una llama al viento para evaluarme de arriba abajo. Saben que no pertenezco a ellas. Stacy me da la mirada más fría que he visto.

—Ah... hola —saludo, insegura—. Soy Snow... Quisiera hablar contigo, Stacy... Claro, si tienes tiempo —agrego al verla alzar una perfecta ceja.

Stacy aprieta los labios un segundo.

—Ah, claro. Ya sé quién eres. Blancanieves —sus amigas sueltan una risita, riéndose de una broma que no comprendo. La pelirroja las mira con una sonrisa de superioridad—. Nos vemos en el almuerzo —su corte se retira y vuelve su atención a mí—. Bien, bien, Snow White, tengo entendido que seré tu tutora —ella se acerca a mí y noto que es más alta que yo. Al menos no la llamarán una enana de Blancanieves—. Al menos una de tus tutoras —una sonrisa cruel se forma en sus delicados labios—, ya veo que la princesita no es tan lista... Tal vez deberías volver a fregar los suelos de tu madrastra.

Me aparece un tic en el ojo.

—¿Cuándo empezaremos las tutorías? —prefiero preguntar. Stacy examina su perfecta manicura con aire pensativo.

—Estaré libre el viernes a la tarde —responde al fin. Acomoda la correa de su bolso deportivo—. Espero que puedas, es el único día que tengo libre —antes de que pueda responder, ella sonríe— ¡Perfecto! ¡Sabía que podrías! Hasta el viernes.

Sacude su fabulosa melena y me deja sola en el gimnasio, con las palabras en la boca.

Escucho la campana escolar sonar.

Salgo del gimnasio y pego una carrera para llegar a tiempo a Física. Elise ya está ahí cuando yo llego sin aliento y sudando horriblemente. Mi mejor amiga hace una seña a su lado y me siento en el puesto vacío con un gran suspiro.

—¿Dónde estuviste? ¿Corriendo una maratón?

—Visitando a la Reina del colegio —le resumo mi charla con Ava Zafiro y con Stacy—. Pero no estoy segura de los otros nombres, por lo que aún no sé quiénes son mis otros tutores.

El profesor entra al aula, pero eso no impide que Elise siga hablando.

—Dijiste que Ava eligió a los más listos y capaces, por eso te enseña Stacy Lambret... Por lo que de seguro el que te enseñará Física es Stuarth —señala con su lápiz la mesa vecina, dónde un chico de rizos rubios charla con otro de cabello negro—. Es el rubio. Y es un genio. Y debes admitir que es lindo.

Lo es.

—¿Cómo es que no lo conozco? —cuestiono con el ceño fruncido. Estoy casi segura de que es la primera vez que lo veo.

—Porque, al igual que Química, usas Física para dormir —me recuerda— y a veces ni vienes. Estoy segura de que no conoces ni a la mitad de la clase.

Abro la boca para replicar, pero de mis labios no sale nada. Elise tiene razón, aunque odie admitirlo.

El profesor Duncan empieza la clase con un carraspeo. Saco mi libreta de apuntes, decidida a prestar la máxima atención posible a la clase y así

demostrarle a la Directora que puedo mejorar yo sola, sin la necesidad de una multitud de tutores.

Sin embargo, quince minutos después de haber sido iniciada la clase me doy cuenta que ese plan va a ser un completo fracaso al ver los múltiples ejercicios complicados que ha dejado el profesor en la pizarra.

Al finalizar la clase lo primero que digo es:

—Estoy perdida.

Elise rueda los ojos.

—No lo estarás si permites que Stuarth te ayude. Anda a hablarle, antes de que se vaya.

Asiento con la cabeza mas no me muevo de mi asiento. Solo me muevo cuando Elise me da un empujoncito fuera de mi silla. Y por “empujoncito” me refiero a tirarme al suelo.

¡Ay!

Mi hombro golpea contra el suelo con dureza y yo lanzo un gruñido. Mi amiga ríe en voz baja mientras el resto de los estudiantes se voltean para verme tirada en el piso.

Siento toda mi cara ponerse roja como un tomate por la vergüenza.

¡No puede ser! ¿Ese chico está grabando?

Intento ponerme de pie, y digo “intento” porque en ese momento mi pie se atasca con la pata de la mesa y vuelvo a caer. Las risas estallan a mi alrededor. Oh, tierra, trágame ahora. No, mejor: trágatelos a ellos.

Desatasco mi pie y me levanto, estando más roja que la manzana que me comí hace un rato. Recojo mi libreta y lápiz, recojo mi mochila y corro lejos de las risas estrepitosas, evadiendo estudiantes y huyendo de las burlas.

El día más vergonzoso de mi vida.

Llego a la entrada del colegio, teniendo una idea que me parece estupenda: no volver a clases el resto del día y ahogar mi vergüenza en la mejor de las medicinas. El helado.

Capítulo 3

Capítulo 3: Stuarth.

Ya son las seis de la tarde y en todo el día no he hecho más que ver películas por Netflix, comer mi peso en helado y meditar si es muy importante que asista mañana al colegio. Quizá todos ya estén hablando de cómo Snow White se cayó e hizo un desastre para después huir tan rápido como hizo Blancanieves cuando escapó de su malvada madrastra. Porque nunca falta quién saque similitudes entre mi vida y la princesa de Disney. Y no me sorprendería que todo fuera gracias al chico que grabó mi caída.

Ya voy abriendo otro helado cuando escucho el timbre de la casa sonar. Hago una mueca de fastidio ¡¿Es que la gente no puede visitar cuándo no estoy apunto de ver Pretty Woman?! Dejo a un lado mi envase de helado y bajo las escaleras de dos en dos, decidida a regañar al intruso que osa interrumpir mi maratón de películas de Julia Roberts.

-¿Qué? -pregunto con brusquedad al abrir la puerta. Me reciben un par de ojos cafés con sorpresa. Al principio no le reconozco, y estoy a punto de echarlo. Pero al ver su cabello rubio lo recuerdo- ¿Stuarth?

Es mucho más guapo de cerca.

Un segundo... ¿Cómo sabe dónde vivo?

-Hola, Snow. Tu amiga Elise habló conmigo. Me dijo que soy tu tutor y me dio tu dirección.

Pregunta respondida. Al parecer debo tener una charla muy seria con mi mejor amiga sobre darle mi dirección a un extraño. Aunque sea un extraño de hermosa sonrisa... ¡Concéntrate, Snow!

-Entiendo, gracias por pasar -estoy a punto de cerrarle la puerta en las narices cuando, más rápido que un parpadeo, entra a mi casa, dejándome perpleja- ¿Y a ti quién te invitó a pasar?

Stuarth me da otra encantadora sonrisa y se sienta en un sofá con toda la confianza del mundo.

-Ya que pareces desocupada y tan amablemente me has invitado a entrar...

-¿Disculpa?

-Disculpada, como iba diciendo, ¿qué te parece si empezamos de inmediato las tutorías?

Cruzo los brazos. ¿Y este quién se cree que es?

-¿Qué te hace pensar que no tengo planes? -¿Ver maratones de películas no cuentan como un plan?

-Estás en pijama y tienes chocolate en la barbilla -sonríe. Mis mejillas se ruborizan. Me limpio el chocolate de la barbilla con el dorso de la mano-. Anda, Blancanieves. Busca tus cosas. Es hora de aprender.

Mi mente crea un millar de réplicas, pero sus ojos me dicen lo que yo ya sé: él ha ganado la batalla.

Aprieto los labios y voy en busca de mi mochila, y en mi camino escaleras arriba pienso que tal vez no debería ser grosera con él. Después de todo me parece muy lindo de su parte haberse tomado la molestia de haber venido a mi casa solo para enseñarme.

Y ¿quién sabe? Tal vez la Física no sea tan mala si él la explica.

Una hora más tarde...

Llevo mis dedos a mis sienes y las masajeo en un movimiento circular en un intento de eliminar las punzadas que siento en mi cerebro.

Ya es oficial: odio Física.

-¿Lo has comprendido esta vez? -me pregunta Stuarth por milésima vez, y por milésima vez niego con la cabeza. Él sonríe, pareciendo aún muy relajado a pesar de que yo estoy que estallo del estrés y del hambre. No he comido alimento en horas, a menos que el helado cuente. La falta de comida me hace irritar todo, lo que solo logra que comprenda menos lo que Stuarth intenta enseñarme.

-Siento que me estás hablando en alienígena -respondo recostándome en el respaldo del sofá-. Ya ríndete conmigo y vete a casa -sería estupendo si me hiciera caso. Así yo podría comer y seguir con mis películas.

Él cierra el libro.

-Estás demasiado estresada y tensa. Necesitas relajarte un poco -me dice.

-Lo que necesito es una buena hamburguesa -replico entre dientes cuándo mi estómago ruge.

-Claro, eso también -sonríe con diversión-. Suena como si te fueras tragado un tractor.

Automáticamente mis puños se cierran y ahora lo que más deseo, aparte de comida, es golpearlo. No veo qué es lo que le hace tanta gracia.

-¿Sabes qué? -pregunta pensativo-. Te propongo algo. Hoy mi amigo Martin celebra una fiesta en honor al equipo de baloncesto femenino. Debes saber que han ganado el último partido -sonríe-. Ya es el décimo que ganan consecutivamente, es un buen motivo de celebración, ¿no te parece? -No. No me parece. El equipo de baloncesto femenino es lo que menos me importa ahora.

-Para nada pienso ir -replico. ¡Yo quiero comida!

-No me dejaste terminar -da una risita que suena encantadora, pero el hambre no me deja saberlo con exactitud- ¿Qué tal si te invito a comer esa ansiada hamburguesa y luego vamos a la fiesta? Te hará bien salir un poco, tomar aire libre. Socializar con gente de tu edad. Va a ser divertido.

-¿Una casa atestada de adolescentes ebrios y música ridículamente alta? Paso -hago una pausa pensativa-. Pero acepto la hamburguesa.

La idea de ponerme a cocinar no es tentadora y mi madre hoy debe llegar tardísimo del trabajo, y de seguro irá directo a la cama así que con ella no cuento para que me haga una cena calentita o me traiga algo de algún restaurante de comida rápida.

-No, no -Stuarth sacude su dedo índice delante de mi nariz-. Son ambas cosas u olvídate de mi propuesta.

Para enfatizar su amenaza, él comienza a guardar todas sus cosas de regreso a su mochila negra. Me muerdo el labio inferior, debatiéndome mentalmente, aunque es más que obvio cuál será mi respuesta. Y de nuevo, él ya parece saber que ha ganado.

-Está bien, está bien. Iré a esa fiesta a... socializar y relajarme. O lo que sea. Siempre y cuándo primero me des mi alimento -me cruzo de brazos, intentando mostrarme firme pero la gran sonrisa que me da es tan hermosa que es capaz de hacerme olvidar que estaba irritada y hasta me

hace sonreír un poco.

-Trato hecho -acepta. Me levanto antes de que su sonrisa empiece a derretirme y señalo las escaleras.

-Iré a cambiarme -no creo que sea adecuado ir a una fiesta dedicada a la Reina vestida con un viejo pijama. Voy hacia las escaleras y al pie de estas me giro para ver a Stuarth. Él también me está mirando-. Y gracias por este favor. Eres como mi príncipe encantado que vino a rescatarme de morir de hambre.

Y mientras subo las escaleras escucho su risa melodiosa que suena a perfección en mis oídos.

Capítulo 4